

Cuenca, la ciudad de la Luz y del Aire

Buenas tardes, amigos de mi ciudad, Cuenca, y buenas tardes, amigos de pluma e historia, Cronistas del tiempo, herederos de quienes hicieron de nuestro pasado el presente en documentos, investigación y narrativa. Cronistas de España, cronistas de Méjico, hombres y mujeres que hoy estáis aquí para rendir homenaje a esta ciudad colgada, tierra Alfonsina, patrimonio de la humanidad, ciudad de la Luz y del Aire.

La Isla intemporal

Cuenca es, amigos, ese aguafuerte, concebido con exaltada imaginación, que ya vieron los árabes en su primera noche a la luz de la Luna. Son sus dos maravillosas Hoces, del Júcar y del Huécar, que exornan los alrededores de la ciudad como dos pétreos vigilantes, mientras esta Cuenca parece desparramarse por el borde de sus murallas, aún altivas. Aislada del cielo y del agua. De *albuayra* árabe a ciudad colgada, castellana, sobria, erguida y petulante, tal cual una isla sin tiempo. Esa ciudad que otros dijieran de madera y yeso, de tea y tiza, de piedra y teja.... y ahora yo, digo con voz muy alta y orgulloso de ser su cronista, esa ciudad de arte y música, de tiempo y roca, de deseo y libertad, de Luz y Aire...

Pocas ciudades españolas y, si cabe, europeas, tienen tanto y tan bueno enroscado en su caserío entre pino, agua y roca y sobre todo, tan expresivo que mostrar al turista como esta sobria ciudad castellana de Cuenca. Hablar de sus excelencias es tanto como hablar de su patrimonio urbano, artístico y natural porque en esa simbiosis se conjugan los más altos valores de su historia, antigua y nueva a la vez, serena y explosiva en su devenir, olvidada y bella como reclamo, pasada y presente, tan rimada por los poetas y tan plasmada en lienzos de los más grandes artistas.

Hablar de Cuenca es hablar de larga y sentida historia. Sobre esa piedra que acarician sus dos ríos, Júcar y Huécar, se creó una ciudad colgada donde irradiaban jardines, balconajes y postigos; no sé si la mitología debe ofrecernos origen, ni tampoco los paradigmas históricos que algunos autores han querido reafirmar en el misterio de las fantasías, pero la Medina al-Kunqa islámica que aquí naciera entre los siglos IX y X, estableció en excelente planimetría una alcazaba, un alcázar, un zoco, unos importantes talleres artesanales, una mezquita, un recinto amurallado, unas puertas y postigos, unas callejas medievales, un entramado de casas y corrales, y sobre todo, una sociedad donde la convivencia sentó las bases de un nuevo concepto de vida.

No quiero seguir los tópicos del tiempo, ni siquiera ahondar en las banalidades simplistas, quiero desplegar en mis palabras, realidades presentes, porque en ellas, el concepto de esta ciudad se enaltece entre sensaciones y sentimientos, porque hablar de Ella como ciudad es hablar de sus sentidos ya que no sé si son sus ríos ya citados, sus hoces o los cerros que la envuelven, los causantes de que huelga bien, sepa mejor y brille la luz de su caserío cuando el cielo puro se quiebra en ese calidoscopio invisible-que diría Gerardo Diego-.

Toda la ciudad es una explosión de Luz y Color. Al alba cuando la silueta de su entorno queda dibujada por el sol brillante que rompe sus rayos entre las rocambolescas dolomías del paisaje, parece despertar del sueño único que siempre tiene; al atardecer, cuando el sol quiere esconderse, todo gira hacia el infinito del color porque ya no hay reflejos sino contrastes. La Luz de Cuenca es diferente a la luz de cualquier ciudad del mundo porque la paz crece donde hay aire y serenidad; pero esa luz, nacida antes del crepúsculo natural, envuelve y dinamita el entorno para hacer de todo el conjunto, un espacio celestial. ¿Qué decir de la Luna cuando se vierte de plata, de blanco puro, de grandeza, de misterio, de embrujo o de misticismo?

En una y otra hoz, todos los colores inventados y los que se crearán en siglos venideros, están ya aquí, anidando en los senderos cuando los verdes se despeñan hasta llegar al río y teñirlo, en algún caso, de un verde hierba brillante y en otros, de un verde de algas acuoso, sin que dejemos al lado, los rastros ocres de la huertas del río Huécar, o bien, los amarillos de sus chopos irradiando creatividad a los artistas -en el otro río, el Júcar- al trocar el azul del cielo, intenso, plateado cuando dormimos; o en las rocas milenarias donde anidan insectos montaraces del invierno, o en los vidrios de cada ventanal que reflejan grises y pardos diferentes. Esto bien lo saben nuestros fotógrafos, nuestros pintores, nuestros poetas.

El olor, ¿qué decir de los olores de Cuenca? El olor de sus hoces es diferente al olor de la ciudad; pero también lo es cuando visitamos la Cuenca antigua y la Cuenca nueva; sin embargo, una y otra no pierden la sensación placentera de sentirlo. Asómense por cualquier de los miradores que tiene su casco histórico; por la puerta de Bezudo, por la de Valencia o la de Huete, o tal vez, asómense por los portillos de sus murallas o tal vez, por la puerta de San Juan y quedarán impregnados de tomillo, romero, cantueso, orégano, mientras a lo lejos, el pino se enseñoorea ante tanto privilegio.

Ahora bien, el estómago es el elemento del ser humano que agradece el equilibrio emocional y en el gusto y su paladar uno llega a alcanzar el cenit placentero cuando el embrujo de la ciudad se enrosca en la cazuela. Platos elaborados con la elegancia del nuevo método de autor, mientras la "cocina de la abuela" sigue teniendo los adeptos eternos para definir sus excelencias. Cuenca tiene un sabor especial y diferente al de otros lugares y eso, no solo lo hacen sus callejas estrechas e históricas, sino lo hacen sus fogones, sus barros bien cocidos, sus aderezos de montaña, su virtuosismo gastronómico de cada comarca, sea Serranía, Alcarria o Mancha y de cada convivencia, judía, morisca o cristiana; porque el Morteruelo hará de seña de identidad, pero será el Cordero y sus variantes, el rey de la gastronomía conquense para magnificar

una cocina del paisanaje, popular, selecta y universal. Cocineros de postín, estrellas Michelin, soles Repsol, Master Cheff, cocinas selectas, cuidadas, universales.

Historia y Patrimonio

Esta ciudad, privilegio del Olimpo, elevada y suspendida en el aire en un equilibrio inverosímil que se abre en escaleras angostas, puertas de muralla, pasadizos misteriosos, callejones enjaulados, plazuelas retorcidas, rejas, escudos, balconajes y tejares fue declarada como Paraje pintoresco en su "Casco Antiguo y las hoces de los ríos Júcar y Huécar", en el año 1963 (Decreto 1.071); luego como Conjunto Artístico su "Casco antiguo", por la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, en el año 1981, y por último, El Comité del Patrimonio Mundial de la UNESCO, inscribió el 7 de diciembre de 1996 a "La ciudad histórica fortificada de Cuenca y su entorno natural de la Hoces" como Patrimonio de la Humanidad, después que su Ayuntamiento lo solicitase en enero de 1994. Por eso no hace un año, cumplió ese XXV Aniversario de ciudad del mundo, universal como patrimonio, ciudad de todos y para todos.

Pugnan los historiadores y difieren en los tiempos, pero en todos hay acuerdo común, de que esta ciudad sale a la luz como tal, histórica y poblacionalmente, durante la primera etapa de la dominación musulmana de la península ibérica. Sin descartar una cronología anterior -la investigación avanza- parece ser el siglo X el momento en que los restos arqueológicos del lienzo interno de la torre principal del castillo y los documentos árabes de sus cronistas Al-Shalá y El-Idrisí nos hablan de origen de la misma.

Y llegaríamos, sin alargar en el tiempo, a ese siglo XII cuando la habilidad de Alfonso VIII, aun siendo joven, la influencia de su esposa, Leonor de Plantagenet, hija de Enrique II de Inglaterra y la alianza con el rey de Aragón, Alfonso II, provocará un reajuste de equilibrios, llevando a conseguir la conquista de la ciudad de Cuenca, por entonces difícil por su posición estratégica y bien amurallada. La ayuda e implantación de las Ordenes Militares y la necesidad de saltar la línea del Tajo, determinó la decisión de Alfonso VIII para afianzar sus posiciones de frontera, sitiando la ciudad de las hoces el 5 de enero y después de nueve meses de asedio, conquistar la ciudad, el 21 de septiembre de 1177, festividad de San Mateo.

No hay duda, que esta ciudad de Kunka era altamente considerada por árabes y cristianos. Su posición privilegiada, su situación estratégica, su fortificación rocosa, sus jardines colgantes, su economía ganadera y su rico comercio artesanal basado en los trabajos textiles, cerámica, hueso y marfil, eran muy apreciados y reconocidos.

"Cuenca es una ciudad pequeña pero antigua. Está situada cerca de un estanque artificial y rodeada de murallas, pero sin arrabales. Los tapices de lana que se hacen y las arquetas de marfil son de excelente calidad..." (El-Idrisí)

Sin embargo, la conquista de la ciudad de Cuenca y de las fortalezas colindantes a ella puso en manos del monarca castellano un extenso territorio, próximo por igual a las zonas de influencia aragonesa y musulmana. Para mantener con seguridad todo ello, trasladó su residencia a esta ciudad durante algún tiempo, aplicando otros recursos institucionales, a la vez que establecería cabezas forales en aldeas sometidas como Huete, Alarcón y Moya. Creó un nuevo Obispado, uniendo las cabezas episcopales de Ercávica y Valeria, empezó a levantar la catedral en el lugar donde se ubicaba la mezquita mayor, un régimen legal para la explotación de las salinas, elementos tributarios y administrativos para el control ganadero, estructuró la ciudad con catorce parroquias, apoyo la llegada de nuevos vecinos concediéndoles privilegios y legisló el Forum Conche, uno de los más perfectos Códigos del Derecho castellano que se hallan elaborado jamás.

Quedó así constituida una sociedad de frontera amoldada a los parámetros ya establecidos en el ámbito de la Extremadura castellana. El Fuero alfonsí, definitivamente fijado su texto hacia 1190 establecería un principio jurídico igualitario que permitiría la convivencia pacífica entre cristianos, judíos y mudéjares. La cúspide social, la ocuparían los caballeros villanos, se organizaría el Corregimiento de la villa y el Cabildo catedralicio, como órganos de poder municipal y religioso. La permisibilidad con que el Fuero permitía la llegada de nuevos habitantes, fueran de donde fueran, "cualquiera fuese su pasado y doquiera viniesen" provocó el rápido aumento de la población, llegando a alcanzar en poco tiempo, los dos mil habitantes.

Y ahí dejó también su adecuada estructura para una buena organización. El rey castellano trató todo en esta ciudad, sirviéndole de ejemplo para el resto de su reino. Cuenca fue su ciudad de amor y poder.

La ciudad cristiana crece. Inamovible el dominio castellano sobre el ámbito conquense, gracias al aporte demográfico de los repobladores ligados a él, se experimentará un importante progreso de expansión urbana a lo largo de los siglos XIII y XIV, trasladándose el recinto cercado y amurallado hasta los cauces fluviales de sus dos ríos, observándose a la vez un crecimiento económico gracias a sus actividades artesanales y mercantiles. Serán, por tanto, los caballeros urbanos los beneficiados de ese progreso, gracias también a la expansión que los reyes Fernando III y Alfonso X experimentan en la Andalucía Bética.

Poco a poco, las órdenes religiosas fueron ocupando predios para establecer sus siete conventos extramuros, los frailes y sus seis intramuros, las monjas.

La ciudad moderna, la que estaba pasando del auge a la esperanza, comienza a configurar el estatus de nueva ciudad con una evidente expansión urbana gracias a su crecimiento económico, arrastrando en función paralela, un imparable crecimiento fiscal y como consecuencia de ello, una cada vez más diferenciada sociedad urbana por el nivel de fortuna de las gentes que la componían. Junto a los tradicionales propietarios de tierras y ganados, estaban los rentistas eclesiásticos, los nuevos empresarios textiles, los mercaderes, los oficiales especializados y los jornaleros carentes de cualificación, sin olvidarnos de los artesanos, criados, sirvientes, conversos y gobierno.

La desaparición de la Judería –revuelta de 1391- y la influencia inquisitorial modificaron la estructura social de la ciudad, apareciendo una nobleza nueva de origen converso que incidirá en el desarrollo, tanto urbano como económico, de la ciudad: los Montemayor, Carrillo, Albornoz, Cabrera, entre otros.

El siglo XVI será, posiblemente, el más importante para concebir la red urbana de una ciudad nueva. La riqueza de la ciudad reflejada en el Obispado atraerá a orfebres, maestros y artesanos de todo el reino haciendo de este lugar su centro de trabajo y maestría.

La ganadería trashumante y su especial lana, colocó a este territorio entre los más solicitados de Castilla. El paño conquense -las afamadas plumillas teñidas de azul- eran muy aceptadas por el comercio exterior con un alto consumo interior, sin olvidar los tapices y alfombras exportados a todos el mundo; por otro lado, la agricultura se había beneficiado de la inyección de capital líquido acumulado por determinados agentes económicos como eran los mercaderes, rentistas laicos y eclesiásticos.

Sin embargo, un siglo después, la caída del precio de la lana y el descenso en la producción del textil, así como las crisis alimentarias, las presiones fiscales por las necesidades de las guerras de los Austrias y las hambrunas y pestes, colocaron a la sociedad española al borde del abismo en el siglo XVII. Cuenca no quedó al margen. Aunque el paso del tiempo y la crisis habían reducido ostensiblemente, el número de nobles e hidalgos, seguía habiendo unas 37 familias, pero los clérigos seguían siendo 500 sobre las 13.000 personas censadas. En el año 1797 sobre 9.000 personas, más de 600 eran clérigos dividiéndose en 274 parroquiales, 246 frailes y 111 monjas.

A finales del siglo XVIII la fabricación de paños resurgía de sus cenizas. La empresa del flamenco Humberto Mariscal generaría a lo largo de toda la mitad del siglo XVIII una alta producción con cuarenta y tres telares activos que producían al año unas treinta y cuatro mil varas de paño barragán -en torno a veintinueve mil metros de tela de lana-, que al precio de trece reales en que fue tasada la vara en 1680 -según Jiménez de Montesión- importaban unos ingresos de medio millón. Las constantes crisis agrarias afectaron al sector a lo largo de todo este siglo, hasta que en 1786 pasaría a depender toda la industria conquense al grupo empresarial de los Cinco Gremios Mayores de Madrid.

Los acontecimientos bélicos

Los acontecimientos bélicos que tuvo que soportar la ciudad entre los siglos XVIII y sobre todo, el XIX, afectarían muy negativamente a su estructura urbana, sus espacios ornamentales y artísticos y su entramado callejero. Cuenca siempre demostró orgullo y valentía en sus moradores ante tantas y tantas adversidades como tuvo que soportar. Su posición geográfica y estratégica determinó el cruce de civilizaciones y de deseos de conquista, dejando siempre su impronta y su huella en destrucción y muerte.

Me gusta y mucho, las descripciones que González Ruano hizo de estos momentos históricos y así tengo a bien relatarlos.

En la guerra de las Comunidades –allá por el 1520 con la monarquía de Carlos I-, Cuenca envió a sus procuradores, Olivares y González de Alcocer, a la Junta Santa de Ávila con la oferta de sus tropas, y correría la sangre por sus calles la noche de San Lucas, por las gentes de Rodrigo Manrique, comendador de Zalamea, siendo después decapitados sus cabecillas, al igual que lo fueran Padilla, Bravo y Maldonado.

Hacia 1529 se establece la imprenta en Cuenca siendo su primer maestro Guillermo de Reymon que estrenará ese precioso invento con *La Gramática* escrita por Luis de Pastrana, abriendo la primera librería de la ciudad en aquella calle Pilares. Sebastián de Covarrubias aquí perfiló su *Tesoro de la Lengua Castellana* siendo canónigo de esta catedral.

Mientras se forjan espadas en los talleres conquenses, las industrias artesanas de origen morisco como son los tejidos de lana, la cerámica y la *batihoya* y labra de plata llegan a su cenit de perfección en este periodo de conflictos y revueltas.

De nuevo Cuenca vuelve a ensangrentarse con la guerra de Sucesión al trono español, muerto Carlos II, durante la cual la ciudad y alrededores sufriría dos penosos sitios con bombardeos constantes, ocupándola finalmente durante algún tiempo por las tropas mercenarias del general inglés Hugo de Wildhand, arrasando e incendiando numerosos barrios de la ciudad, así como antiguas ermitas de culto piadoso. Felipe V le daría privilegios y títulos.

El motín de Esquilache en 1766 –con la subida del pan- tiene, en nuestra ciudad, un eco formidable que se recuerda como el motín del tío Corujo, durante el cual la turba de la gente incendiarían las casas de Pedro de Iruela, administrador del Pósito Real a golpe de tambores en sonido de Turba.

Durante la guerra de la Independencia, la ciudad de Cuenca, al igual como muchos lugares de la provincia, soportaron ruina, destrozo y muerte, provocados por las tropas de Coulincourt, Víctor y Soult, a cuya barbarie se debe la pérdida de la custodia de Becerril –en los alrededores de la escalera de la catedral-, la mutilación de pórticos, escudos, blasones, enterramientos, robo de obras de arte y la voladura del castillo, residencia de sus Guardas Mayores, así como otros muchos edificios emblemáticos. Cuatro conquistas sufrió la ciudad.

El mariscal francés Foy escribía en sus Memorias: "*La ciudad, abandonada por su habitantes e indefensa, recibió obuses, granadas y fue luego sometida a pillaje.*" Unos días después, retirados los franceses, el ejército español llegaría a la ciudad, con cerca de treinta y seis mil hombres en época invernal y con necesidad de alimentación provocando una mortandad colérica a causa de la escasez de alimentos, el frío y la falta de higiene.

La peste de 1874 la asolaría, justo en el momento, de la entrada de las tropas absolutistas que rindieron la debilitada población, pasando a cuchillo a sus vecinos indefensos, saqueando sus casas. Cuenca había defendido la Constitución liberal de 1869.

La primera y tercera guerra carlista, sobre todo ésta última, tuvo en la ciudad un desarrollo sangriento, pues las tropas, primero del general carlista Santés y después de Doña Blanca (María de las Nieves de Braganza) y de Don Alfonso de Borbón sitiaron la ciudad, conquistándola entre muerte, incendios y saqueos, manteniendo en su poder durante varios días a toda la población provocando muerte por fusilamiento y miedo. Una atmósfera de humo, horror y tragedia sobrevolaba la ciudad. Fue el 15 de julio de 1874 y Cuenca conmemora la muerte de conquenses como defensa a la libertad, como su "día más triste".

Y qué decir de la dramática y cruenta guerra civil de 1936, cuando esta ciudad sufriría los bombardeos y directos enfrentamientos entre la España republicana y las tropas sublevadas. Ahora sus refugios antiaéreos son reclamo turístico para los visitantes.

Y no podría dejar de lado, la cita de conquenses ilustres. A los ya citados, personajes y familias conversas, muchas de ilustre linaje que ocuparon posiciones de gobierno durante los siglos XII, XIII, XIV y XV, habría que añadir muchos otros cuyo valor en todos los campos serviría para colocar a Cuenca en las más altas esferas del reconocimiento: a los maestros escultores y orfebres Becerril y Astorga, los arquitectos Vélez y Mora y los rejeros Arenas, Muñoz, Andino y Beltrán; encontramos en el alto mundo del pensamiento, a Juan y Alonso de Valdés, Fray Luis de León, Francisco de Mora y Gómez de Mora, Luis de Molina, Melchor Cano, Constantino Ponce de la Fuente, Baltasar Porreño, Luis Valle de la Cerda, Miguel Caxa de Leruela, Alonso Chirino, el licenciado Torralba, Gonzalo Bustos de Olmedilla, Alonso Díaz de Montalvo, Clemente de Aróstegui, Silvestre de Alcohujate, Ferrer Pertusa, Verdejo, Mosén Diego de Valera, Juan Alfonso de la Encina, José de Villaviciosa, Cortés y Figueroa-Bobadilla, los Paradas y los Vidaurres, dejando algunos más de reconocida trascendencia por excesiva lista.

En los siglos XVIII y XIX brillan también nombres como el abate Hervás y Panduro, de Horcajo de Santiago, el obispo Palafox y Croy de Ave, José Antonio Conde, Capistrano de Moya, Astrana Marín, Fermín Caballero, Antón Martín, Ángel González Palencia, Lucas de Aguirre, Romero Girón, Trúpita y Jiménez de Cisneros, Ayllón, Torres Mena, Mateo y Tomás López; sin olvidar que el siglo XX, nos trajo a Federico Muelas, Acacia Uceta, José Luis Coll, Pedro de Lorenzo, González Ruano, Jiménez de Aguilar, Elvira Daudet, los enconquensados Fernando Zóbel, Antonio Saura y el grupo del Paso, donde el conquense Gustavo Torner sigue siendo el icono vivo de ese gran movimiento del informalismo y la abstracción que define a Cuenca como referente mundial del Arte de vanguardia y así, un sinfín de hombres y mujeres ilustres en todos los campos del pensamiento y de las Artes.

El estancamiento económico de los siglos XIX y XX provocaría en la ciudad una atonía y un retraso insalvable a lo largo de muchas centurias después. Aun así, el primer teléfono funcionó en esta ciudad en 1891; mientras que un poco antes, en el 1834 comenzarían los ciudadanos a disfrutar del alumbrado público; el tendido ferroviario no llegará concluido hasta 1947, pues hasta ese momento solamente los coches diligencia aseguraban el transporte regular de viajeros. Hasta 1930 los cauces de los ríos seguían transportando las maderadas hasta el Mediterráneo; la desaparición de barrios enteros como San Martín o Santa María y la voladura del puente de San Pablo en 1889 o el hundimiento de la torre del Giraldo en la catedral el 13 de abril de 1902, ocuparon los noticiarios de la actualidad conquense.

Un año después se construye el nuevo puente de hierro y aunque el palacio de la Diputación Provincial se había construido en 1890, son los primeros años del XX, cuando la ciudad moderna comienza su expansión: entre 1908 y 1917 se urbaniza la zona de la *Albuhayra o albuera*, el parque de Canalejas, después llamado de San Julián y la Carretería; en 1927 el desvío del Huécar se produce y abre nuevos espacios para la ciudad moderna.

A manera de conclusión diríamos que la ciudad de Cuenca alcanzará a finales del siglo XX su máximo crecimiento demográfico, así como un cierto prestigio cultural internacional logrado con la celebración de la Semana de Música Religiosa desde 1961, la apertura del Museo de Arte Abstracto que no hace mucho cumplió sus cincuenta años (1966-2016) o esa progresiva implantación de los estudios universitarios desde 1974.

No cabe duda que la inclusión de la ciudad fortificada de Cuenca y el espacio natural de sus dos hoces dentro de las ciudades Patrimonio de la Humanidad desde el año 1996, por la UNESCO, ha abierto un nuevo camino para el progreso turístico, económico y cultural que, incluso en año de XX aniversario tuvo el complemento de recibir la Exposición de "la Poética de la Libertad" con la presencia del espacio Cervantes, los Informalistas españoles y la obra del disidente chino Ay Wei Wei, dentro del maravilloso marco de la catedral gótica conquense. Un acierto.

Y ahora, nuevos tiempos, Cuenca es icono del Arte y para el Arte: Museos, Fundaciones, Colecciones privadas, Exposiciones, Escuela de Artes y Oficios, sin olvidar su Facultad de Bellas Artes, reconocida y sentida. Espacio Torner. Antonio Pérez, Roberto Polo, Casa Zavala, Catedral...

Pero es su Patrimonio arquitectónico, monumental y artístico el que define a esta ciudad como la Cuenca *sobrerreal* –que diría Ruano-, *la imposible pero cierta*. Sería a través de una primera lectura de Martín S. Noel, el escritor y arquitecto argentino, cuando advirtiendo el surrealismo que invadía el arte de la pintura, denotó en esta ciudad de las hoces esa prodigiosa sugestión al encontrar una misteriosa sinrazón que deforma las impresiones reales desconcertando al visitante, sumiendo al recuerdo de un mundo extraño desarrollado oscura y apasionadamente entre datos ciertos y elementos venidos del fondo abisal de las subconsciencia.

Por esta ciudad, podemos deambular en sombra, sin sujeción al tiempo ni al instante. Calles, pasadizos, zaguanes, escaleras, destartaladas estancias, fantasmales voladizos...y han sido escritores y pintores, y ahora fotógrafos, los que mejor vieron este extraño mundo.

Nos decía Federico Muelas que, Castro Gil la contempló en soledad; André Maire, la hizo acogedora en sus gigantescas lascas rocosas; Manuel de Aristázabal convirtió los chopos de la ribera en nazarenos andantes; Wifredo Lam recogió caligráficamente la topografía urbana en líneas que vacilan entre la representación y la evasión; Pepe España nos la hizo cercana; Lorenzo Goñi descubriría una extraña fauna; Fernando Zóbel la colgó entre sus idealizados balcones y Gerardo Rueda o Gustavo Torner han hecho de cada rincón, un color diferente al compás de sus rocamboleros vértigos del color y la abstracción de las formas.

Pero qué decir de los escritores que por aquí pasaron o nacieron. Algunos como Covarrubias, Villaviciosa, Martínez Kleiser, González Ruano, en ella echarían raíces; otros como Quevedo le daría vueltas a su topografía; la palabra se le iba –nos dice Federico–; mientras Góngora jugó con el ritmo y la burla; Galdós y Baroja no perseguían palabras sino personajes y Unamuno paseó por la ciudad y sentenció: “Cuenca Ibérica”. No pensó más García Sanchiz al cortejarla con bellísimas frases, incluso García Lorca, el que vino dos veces viendo “sus piedras azules de luna rota” en ese duende que la ciudad encierra.

Me acuerdo de las palabras escritas de Eugenio de Ors, el que bien la llamó “silvana”, cuando Camilo José Cela dijo de ella, “Cuenca abstracta y en piedra gentil”. Pero me fascinan las palabras de Pedro de Lorenzo, mi maestro, porque escribió ríos de tinta, bellísimos muchos de ellos, sobre la ciudad que tanto amó. No quedaría atrás Torrente Ballester ni siquiera Gerardo Diego, uno y otro, aunque éste último dijo de sus ríos lo de esos caminos: “de plata”, “agua verde” o de “puntillas”, mientras Ortega y Gasset definió esa frase que ha universalizado nuestra toponimia más conquense: “Cuenca es el cogollo de España”.

Y es que esta ciudad y sus bellos rincones históricos que la hacen singular, sin magnificar esa presencia que les hace etéreos, elevados, señoriales, trascendentes, altivos, soñadores y silenciosos, ha sido siempre como un llanto de grito lacerante, irremediable, que no se sabe separar del cortejo de la belleza, sus maravillas entre caserío y monumentalidad. Unos, rincones del pasado; otros, cárcavas de leyenda; y los más, misterios idílicos, giran en torno a ese libro de piedra que es la catedral, mosaico de estilos, donde las tablas de Juan de Borgoña, los lienzos de Yáñez de la Almedina, los frescos de Vargas, la Dolorosa de Mena, las puertas de Berruguete, los relieves de Ventura Rodríguez, los retabillos góticos, las rejas de Lemosín, los órganos de Julián de la Orden o las arquerías de un gótico castellano inigualable, te sugestionan. Y qué decir ahora, esas vidrieras de Rueda, Dechanet, Alfonso o Torner, donde la abstracción imagina una luz diferente a un espacio místico en ese Museo vivo del tiempo que es nuestra catedral de Santa María.

Y es que esta ciudad es un cajón de sorpresas inimaginables. Un lugar que desde tiempo antiguo obtuvo merecimientos que la engrandecieron en sus títulos, en sus glorias: Muy Leal y Muy Noble le concedió el rey Enrique IV; Heroica e Impertérrita alcanzó después en los turbulentos años de Sucesión al trono español cuando Felipe V entronizara la casa de Borbón y, Única se le concede desde que su Patrimonio ensalza la monumentalidad más asombrosa, incardinada en la belleza de sus parajes naturales que le rodean, *simbiotizando* caserío y hoces entre la Luz, el Color y la Música, elementos que le dan ese especial sentido plural. Universal para el mundo.

Por eso, en el XVI, Martín Rizo, escribió en pluma sabía que Cuenca es "Ilustre" por la antigüedad de su origen, "Magnífica" por la suntuosidad de sus edificios, "Admirable" por su disposición y grandeza, "Venerable" por dar tanto varones ilustres, "Insigne" por la nobleza de sus caballeros, "Leal" por la fidelidad de sus hijos, "Deleitosa" por la fertilidad de los campos y vegas, "Saludable" por su agradable clima y "Apacible" por la abundancia de sus aguas...

¡Disfrútenla, amigos, la hagan suya y recuerden que tal cual el eslogan que el Medievo nos dejará, cumpla eso de que "¡Dí que eres de Cuenca y entrarás de balde!

Miguel Romero Saiz
Cronista oficial de la ciudad
Congreso Nacional Cronistas Oficiales
21 octubre 2022